

Psicocirugía

El doctor Chescotta viajaba personalmente a Sicilia a seleccionar a sus niños-cobayos. ¿Era su fin curarlos o hacer experimentos?

Los "carniceros" de la locura

GERARD PETITJEAN

ANNa María es una chica sin suerte. Todo empezó hace veintidós años, el día de su nacimiento. Fue el suyo un parto difícil y el cerebro de Anna María resultó dañado. Toda su vida tendrá un hándicap intelectual. No excesivo: Anna María acabó sus estudios primarios y luego siguió un curso de mecanografía. Mas para sus padres era un drama. Hicieron todo lo posible en favor de su hija, consultaron a una docena de profesores entre los máximos especialistas italianos. La respuesta fue en todos los casos descorazonadora: no había solución. Pero un día, los padres de Anna María oyeron hablar de un hombre que, al parecer, hacía milagros. Un hombre que vivía en Argentina, en Buenos Aires. Era aquél un viaje imposible para un hombre modesto como el padre de Anna María, que es guardia civil en Catania, Sicilia. Pero los padres no lo pensaron dos veces. Sacrificaron los ahorros de toda su vida: ocho millones de liras. Justo lo que valía el viaje de ida y vuelta para la familia más los gastos de operación.

Anna María fue sometida a una lobotomía frontal en la clínica del instituto argentino de diagnóstico y tratamiento que dirige el doctor Robert Chescotta. No hubo tal milagro: el funcionamiento de su cerebro no experimentó ninguna mejoría. Pero desde el momento de la operación, Anna María se olvidó de la mecanografía. Y ahora sufre de una nueva enfermedad, la diabetes insípida, que le obliga a beber diariamente entre cinco y diez litros de agua.

Fue un psiquiatra, director de la clínica de enfermedades mentales y nerviosas del hospital de Verona, el doctor Hrayr Terzian, el primero en enterarse con asombro de los extraños resultados de la intervención quirúrgica practicada por el doctor Chescotta. Su indignación es total: los resultados de la operación parecen indicar que el argentino tiene sólo nociones superficiales de anatomía, puesto que parece haber lesionado regiones del cerebro muy distintas de las que resultan afectadas normalmente por este tipo de operaciones.

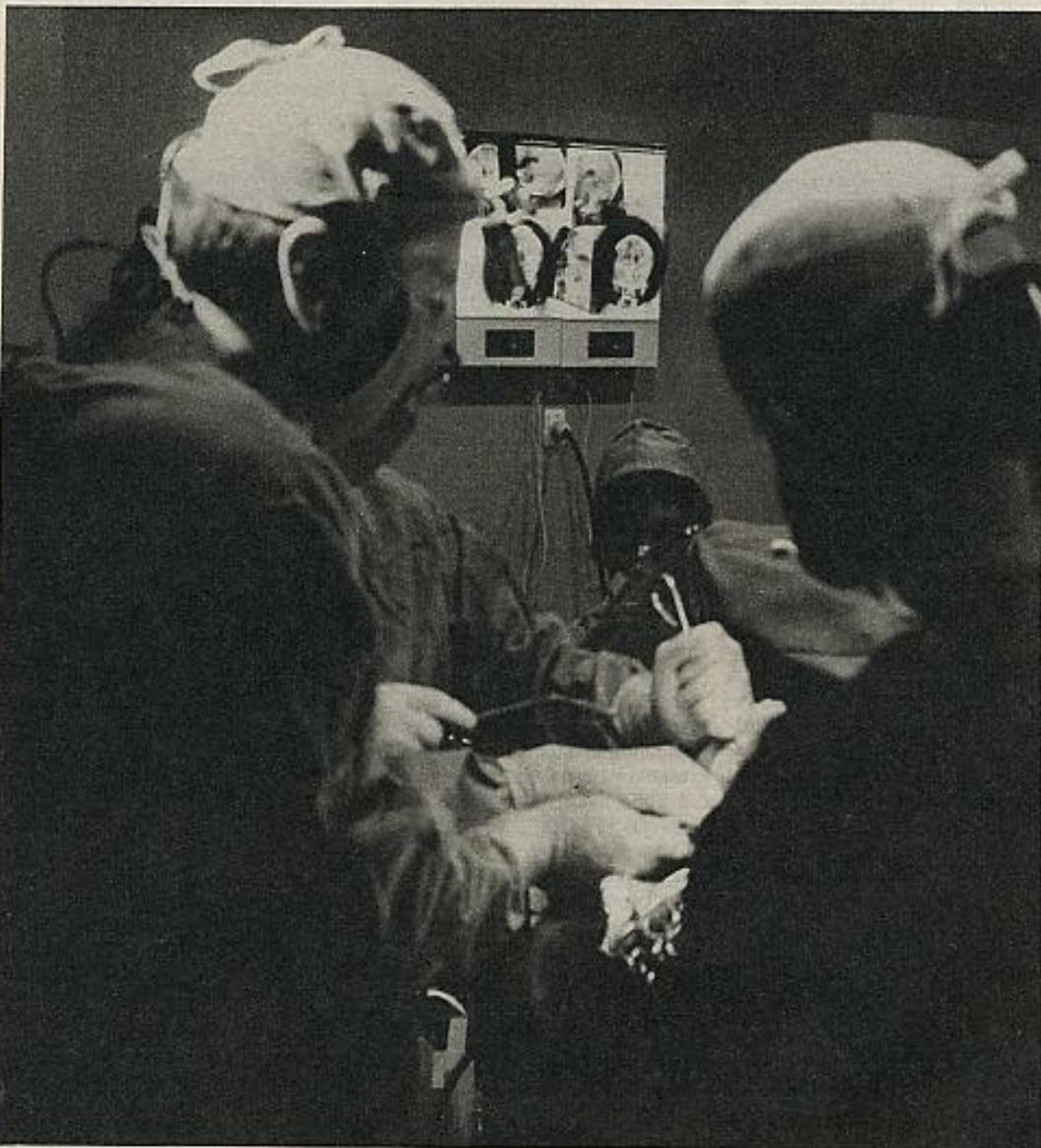
Hrayr es un nombre armenio que significa "hombre de fuego". Y Hrayr Terzian emprendió con fogosidad una encuesta personal. Y descubrió rápidamente que Anna María no era el único niño italiano que había pasado por las manos dudosas del doctor Chescotta. Cuarenta niños, todos ellos oriundos de ese Mezzogiorno miserable, oscurantista y desheredado del Sur de Italia, han viajado a Argentina en los cuatro últimos

años. Inestables psíquicos o sujetos a trastornos del sistema motor. El propio doctor Chescotta viajaba todos los años a Sicilia a seleccionar a sus jóvenes pacientes. Y las familias, confiadas, hacían lo imposible por encontrar los cuatro o cinco millones de liras necesarios para la operación.

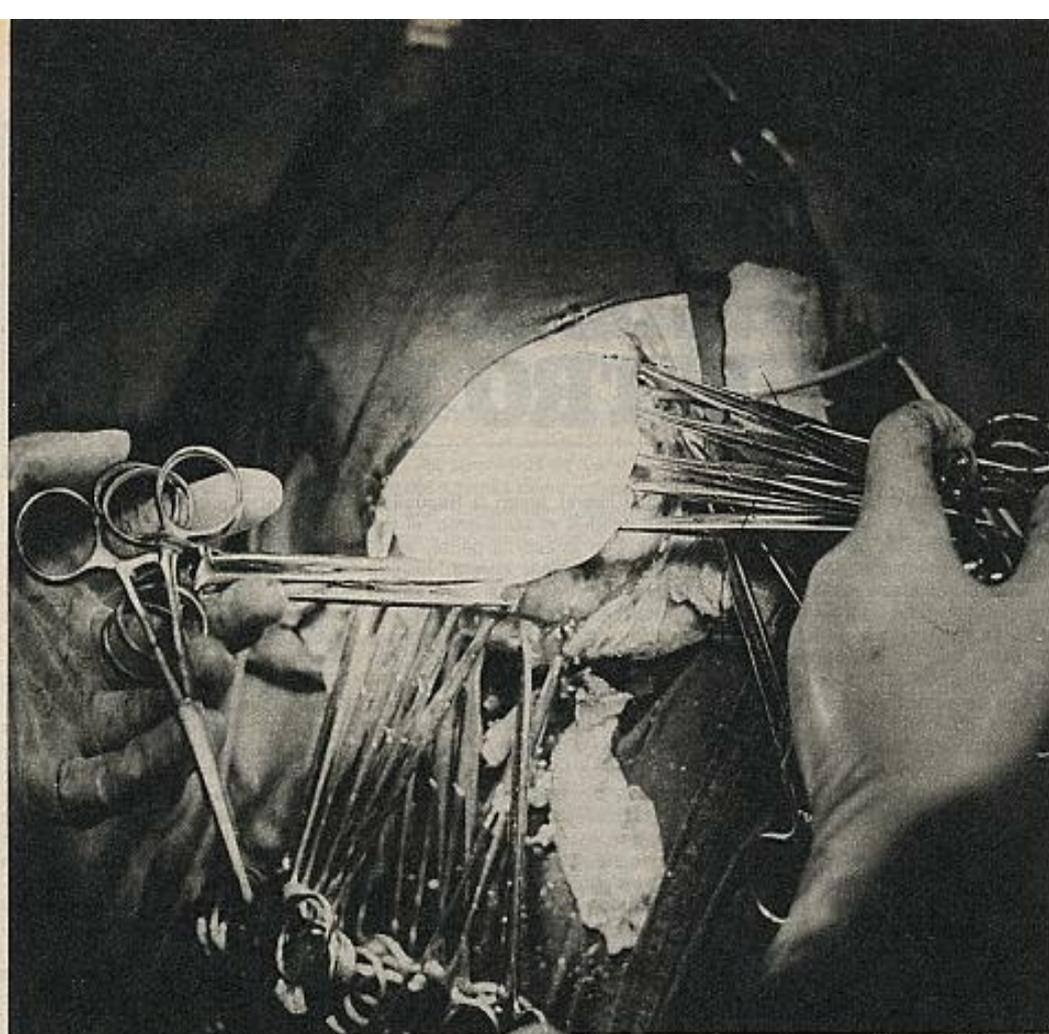
Los resultados son catastróficos. Con un equipo de psiquiatras, el doctor Terzian examina a los niños regresados de Argen-

tina. Y, lleno de indignación, publica un largo trabajo titulado en francés "J'accuse", en el diario de extrema izquierda "Il Manifesto". Texto recogido al día siguiente por la totalidad de los periódicos italianos. Sin ambages, el doctor Hray Terzian acusa en su escrito al doctor Chescotta de realizar experimentos "científicos" con fines puramente personales, utilizando cobayos humanos...

Tal vez no sea todo tan sim-



En el mundo de la psicocirugía hay de todo: desde personas escrupulosas que sólo recurren al bisturí en casos extremos a chapuceros que no dudan en intervenir en las zonas menos conocidas del cerebro con pretextos absurdos.



El simple comportamiento antisocial de un individuo puede ser motivo para que algunos cirujanos se decidan a operar.

ple. Un jefe de clínica de Ragusa afirmó, por ejemplo, que su hija de dieciséis años había sido curada de sus fobias tras pasar por las manos del doctor Chescotta. Sin duda, un día se llegará a saber la verdad de este argentino desconocido de los especialistas franceses. Lo que es de por sí extraño: son muy pocos los que en todo el mundo se arriesgan a intervenir en el cerebro humano, y se conocen prácticamente todos, al menos de nombre.

Efectos irreversibles

La verdad es que la reputación de muchos especialistas no es mejor que la del doctor Roberto Chescotta. Desde aquel 12 de noviembre de 1975, fecha en la que un psiquiatra portugués, Antonio Egas Moniz, intervino por primera vez en el cerebro de una prostituta con el propósito de liberarla de la "melancolía involutiva" de que estaba aquejada, lo cierto es que hay de todo en el mundillo de la psicocirugía. Personas íntegras, extremadamente escrupulosas, angustiadas, que sólo recurren al bisturí en casos extremos; chapuceros de todo tipo, aprendices de brujo a los que no detiene ningún escrúpulo y que no vacilan en intervenir en las zonas menos conocidas del cere-

bro con pretextos más bien fútiles.

Desde que existe la psicocirugía se han realizado en el mundo decenas de millares de intervenciones. En Estados Unidos, en el Japón y en Alemania, especialmente. Pero también en Francia, con mayor moderación, desde hace diez años aproximadamente. Ahora bien, afirma Jean Bancaud, director de la unidad de investigaciones del INSERM francés, "la psicocirugía no tiene nada de científico, sino que opera a ciegas. Y eso por una razón muy simple: no disponemos de modelos experimentales. El cerebro humano funciona de modo muy distinto de como funciona el de un animal. Claro que muchos le dirán que existen ratas esquizofrénicas. Personalmente, no conozco ninguna. De hecho, todas las manipulaciones se realizan sobre el hombre". Y el hombre paga los vidrios rotos. Sistemáticamente. Añade Jean Bancaud: "Siempre que se ha logrado intervenir en una zona determinada del cerebro sin provocar una invalidez inmediata en el sujeto, se han multiplicado las intervenciones en esa zona, provocando efectos secundarios irreversibles y en extremo perjudiciales". Sencillamente porque no se sabe cómo se elaboran las funciones superiores del cerebro humano.

Los franceses son, en general, más bien prudentes en este campo. En París se realizan anualmente unas diez intervenciones conocidas. Y el total de Francia oscilaría entre las cien y las trescientas cincuenta, según Alain Jaubert, que está dando los últimos toques a un libro escrito al alimón con Jean Quetzola y que aparecerá próximamente en la editorial francesa Stock. Los cirujanos franceses limitan sus intervenciones al tratamiento de ciertas neurosis obsesivas extremadamente graves y contra las que han demostrado su ineficacia todos los métodos terapéuticos clásicos. Y se trata además de operaciones de los lóbulos frontales, de los que se sabe desde la guerra de 1914-1918 —los grandes heridos de guerra pagaron su tributo a la ciencia— que son "abordables" sin que ello entrañe modificaciones espectaculares del comportamiento de los individuos.

Oficialmente, en Francia, se avanza con prudencia, y los abusos, si es que existen, siguen siendo clandestinos. Se trafica mucho más fácilmente con cerebros en Estados Unidos, por ejemplo, donde las teorías de un individuo como Andy, jefe del departamento de neurocirugía de la Universidad de Mississippi, en Jackson, nos convierten a cada uno de nosotros en

lobotomizados potenciales. El tal Andy escribió un artículo, hace varios años, en torno al "tratamiento neuroquirúrgico del comportamiento anormal". Para este cirujano, cualquiera de ustedes puede pasar por el quirófano si presenta alguno de los síntomas siguientes: "Tensión emocional, ansiedad, agresividad, tendencias destructivas, agitación, tendencia a la distracción, tendencias suicidas, nerviosismo, cambios repentinos de estado de ánimo, rabia brutal, negativismo, combatividad y emociones explosivas..."

En el Japón, Sadao Hirose operó a sesenta delincuentes que le había enviado la Policía para que "tratase su comportamiento antisocial". Hirose refiere su experiencia en los "Acta criminológica" japoneses de 1968. Entre sus pacientes había trece asesinos, dieciocho individuos que habían herido a sus víctimas, nueve incendiarios, tres falsificadores, tres chantajistas, nueve ladrones, tres violadores a domicilio, un drogado y un criminal de guerra. Sadao Hirose señala "una notable mejoría entre los delincuentes violentos. Sin embargo, añade con tristeza, ciertos rasgos de su personalidad como la pereza, la irresponsabilidad, la toxicomanía, la tendencia criminal al robo, la insensibilidad, la incapacidad para experimentar cualquier sentimiento de culpabilidad o escarmentar con el castigo no han desaparecido tras la operación...". Uno de sus colegas, Hirataro Narabayashi, operó, entre 1958 y 1975, nada menos que a setenta y ocho niños. De la lectura de sus informes parece deducirse que algunos de esos niños sufrían simples problemas de adaptación al medio familiar.

Durante los tres últimos años, sin embargo, japoneses y norteamericanos parecen haberse moderado. En uno y otro país han comenzado a ocuparse del tema ciertas comisiones de ética médica. No en Alemania, donde a los prisioneros condenados por violencias sexuales se les ofrece la posibilidad de escoger entre una castración quirúrgica y una operación del cerebro.

En resumen, existen a lo largo y ancho del mundo decenas de doctores Chescotta, aprendices de brujo que, a pesar de la mediocridad o negatividad de los resultados de sus operaciones, se empeñan en realizar el viejo sueño de nuestros antepasados: extraer la "piedra de la locura" del cerebro de sus pacientes. Sin darse cuenta de que ellos mismos tienen un enorme adocuin en el interior de sus cabezas. ■ "Le Nouvel Observateur".